







Título original: *Alice's Adventures in Wonderland y Through the Looking Glass and What Alice Found There*

© 2026, de la traducción por Carla Vega Delgado

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87788-77-3

DL: B. 4768-2026

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Ilustraciones:

John Tenniel

Impreso en junio de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



LEWIS CARROLL

ALICIA EN EL PAÍS  
DE LAS MARAVILLAS

A TRAVÉS DEL ESPEJO  
Y LO QUE ALICIA ENCONTRÓ  
AL OTRO LADO

TRADUCCIÓN DE CARLA VEGA DELGADO

ILUSTRACIONES DE JOHN TENNIEL



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026



ALICIA EN EL PAÍS  
DE LAS MARAVILLAS



# Surcando la tarde dorada<sup>1</sup>

*Surcando la tarde dorada,  
nos lleva, ociosos, el agua,  
pues son bracitos menudos  
los que empuñan los remos  
pretendiendo en vano con sus manitas  
guiar nuestro curso errante.*

*¡Ah! ¡Qué crueles las tres!  
Sin reparar en el bálsamo de aquel día  
ni en el ensueño de aquella hora,  
¡exigen un cuento de una voz sin aliento  
que ni una pluma puede soplar!  
Pero ¿qué podría voz tan débil  
contra el empeño de esas tres?*

*Prima, imperiosa, fulmina su edicto:  
«¡Que empiece el cuento!».  
Secunda, con tono más amable, desea  
«que no sean tonterías».  
Mientras que Tertia interrumpe el cuento  
no más de una vez por minuto.*

<sup>1</sup> Este poema introductorio recuerda la tarde de verano del viernes 4 de julio de 1862, cuando el autor llevó a las tres hermanas Liddell de paseo en barca desde Folly Bridge, cerca de Oxford, hasta Godstow.

*Impuesto, al fin, el silencio  
la imaginación las lleva  
detrás de esa niña soñada  
por un nuevo mundo de raras maravillas  
en el que los pájaros y las bestias recobran el habla  
¡y casi creen estar allí de verdad!*

*Y cada vez que ese desgraciado intentaba,  
agotada ya la fuente de su invención,  
aplazar la narración hasta el siguiente día:  
«El resto será para la próxima vez...».  
«¡Ya es la próxima vez!», a coro las tres.*

*Así fue surgiendo el País de las Maravillas  
poco a poco; y una a una  
el cincelado de sus extrañas peripecias...  
Y ahora que el relato toca a su fin,  
también el timón nos guía de vuelta al hogar;  
alegre tripulación, bajo el sol que se pone.*

*¡Alicia! Recibe este cuento infantil  
y deposítalo con mano amable  
allí donde descansan los sueños de la niñez  
entrelazados en mística guirnalda de la Memoria  
como las flores ya marchitas  
ofrenda de un peregrino  
que las recogiera en una lejana tierra.*

## Por la madriguera del Conejo

Alicia empezaba ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: había echado un par de ojeadas al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. «¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos?», se preguntaba Alicia.

Así pues, estaba pensando (y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor del día la había dejado soñolienta y atontada) si el placer de tejer una diadema de margaritas merecería el trabajo de levantarse y coger las flores, cuando de pronto saltó cerca de ella un Conejo Blanco de ojos rosados.

No había nada de extraordinario en ello, ni tampoco le pareció extraño a Alicia oír que el conejo se decía a sí mismo:

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy a llegar tarde!

Cuando pensó en ello después, decidió que, desde luego, debería haberla sorprendido mucho más, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo. Sin embargo, en el instante en que el conejo sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque se dio cuenta de que ella nunca había visto un conejo



con chaleco, ni mucho menos que se sacara un reloj del bolsillo. Ardiendo de curiosidad, fue detrás de él por la pradera y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría al pie de un seto.

Un momento más tarde, Alicia se metía también en la madriguera, sin pararse a pensar cómo se las arreglaría después para salir.

Al principio, la madriguera del conejo se extendía en línea recta como un túnel. Luego torció bruscamente hacia abajo, tan de repente que Alicia no tuvo tiempo de pensar en detenerse y empezó a caer por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era realmente profundo, o Alicia caía muy despacio, porque mientras descendía tuvo tiempo de sobra para mirar a su alrededor y preguntarse qué ocurriría después. Primero intentó mirar hacia abajo para ver dónde iría a parar, pero estaba todo demasiado oscuro para distinguir nada. Después observó las paredes del pozo y vio que estaban cubiertas de armarios y estantes llenos libros. Aquí y allá, además, colgaban

mapas y cuadros sujetos con clavos. A su paso, cogió un jarro de los estantes. Llevaba una etiqueta que decía «MERMELADA DE NARANJA», pero vio, con desencanto, que estaba vacío. No quiso tirarlo al fondo por miedo a hacer daño a alguien que pudiera estar abajo, y consiguió dejarlo en otro estante mientras seguía cayendo.

«¡Vaya! –pensó Alicia–. ¡Después de una caída como esta, rodar por las escaleras me parecerá una tontería! ¡Todos se pensarán que soy muy valiente! ¡Incluso si me cayera del tejado, ni siquiera lloraría!». (Y era verdad).

Caía, caía y caía... ¿Es que no acabaría nunca?

–Me gustaría saber cuántas millas he bajado ya –dijo en voz alta–. Debo de estar bastante cerca del centro de la Tierra. Veamos..., creo que está a cuatro mil millas de profundidad...

Como veis, Alicia había aprendido algunas cosas en la escuela y, aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos (ya que no había nadie allí que pudiera escucharla), le pareció que repetirlo en voz alta le servía de repaso.

–Sí, esa debe de ser la distancia... –continuó–. Pero me pregunto: ¿a qué latitud, o longitud, habré llegado?

Alicia no tenía la menor idea de qué eran la latitud y la longitud, pero le gustó decir aquellas palabras tan bonitas e impresionantes.

Enseguida volvió a hablar.

–¡A lo mejor caigo atravesando toda la Tierra! ¡Qué divertido sería salir por el otro lado, donde vive la gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... –Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque aquella palabra no le sonaba del todo bien–. Pero entonces tendré que preguntarles cómo se llama el país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras decía estas palabras ensayó una reverencia. ¡Hacer reverencias mientras caía por el aire! ¿Creéis que es posible?

—¡Qué niña tan ignorante voy a parecer! —dijo—. Lo mejor será no preguntar nada. Ya lo veré escrito en alguna parte.

Y seguía cayendo, cayendo y cayendo... No había otra cosa que hacer, así que Alicia empezó a hablar otra vez:

—¡Mucho me temo que Dina va a echarme de menos esta noche!

Dina era su gata.

—Espero que se acuerden de darle su platito de leche a la hora del té. ¡Dina, bonita, ojalá estuvieras conmigo aquí abajo! Aquí no hay ratones, claro, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones, ¿no? Me pregunto si los gatos comerán murciélagos.

En ese momento, Alicia empezó a notar que se iba quedando dormida y siguió repitiéndose, medio en sueños: «¿Comen murciélagos los gatos? ¿Comen murciélagos los gatos?». Y a veces se preguntaba: «¿Comen gatos los murciélagos?». Porque, como no sabía responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cuál de las dos se hiciera.

Se estaba durmiendo de verdad y empezaba a soñar que paseaba con Dina de la mano y que, con mucha ansiedad, le preguntaba: «Ahora, Dina, dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto... ¡Plum! Fue a parar sobre un montón de ramas y hojas secas. La caída había terminado.

Alicia no sufrió ningún daño y se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Ante ella se abrió otro largo pasadizo y alcanzó a ver en él al Conejo Blanco, que se alejaba a toda prisa. No había un segundo que perder y Alicia, sin vacilar, corrió rápido como el viento y llegó justo a tiempo para oírle decir, mientras doblaba una esquina:

—¡Por mis orejas y bigotes, qué tarde se me ha hecho!

Alicia iba casi pisándole los talones, pero cuando fue ella la que dobló la esquina, no vio al Conejo por ninguna parte. Se encontró en un vestíbulo amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor del vestíbulo, pero todas estaban cerradas con llave. Cuando Alicia hubo dado la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando una puerta tras otra, se dirigió desanimada al centro de la sala y se preguntó cómo se las arreglaría para salir de allí.

De repente, se encontró ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo. No había nada sobre ella, salvo una diminuta llave de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que debía abrir alguna de las puertas del vestíbulo. Pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave demasiado pequeña, pero lo cierto es que no pudo abrir ninguna puerta. Sin embargo, al dar la vuelta por segunda vez, descubrió una cortinilla que no había visto antes, y detrás de ella había una puercecita de unos dos palmos de altura. Probó la llave de oro en la cerradura y comprobó con alegría que entraba bien.

Alicia abrió la puerta y se encontró con un estrecho pasadizo, no más ancho que una ratonera. Se arrodilló y al otro lado vio el jardín más maravilloso que se pueda imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y de pasear entre aquellos arbustos de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero



ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura. «Y, aunque pudiera pasar la cabeza –pensó la pobre Alicia–, de poco me serviría sin los hombros. ¡Cómo me gustaría poder encogerme como un telescopio! Creo que lo haría si supiera por dónde empezar». Y es que, como veis, a Alicia le habían ocurrido tantas cosas extraordinarias aquel día que había empezado a pensar que, en realidad, casi nada era imposible.

De nada servía quedarse esperando junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, casi con la esperanza de encontrar sobre ella otra llave, o, en todo caso, un libro de instrucciones para encoger a la gente como si fueran telescopios. Esta vez encontró en la mesa una botellita («que desde luego no estaba aquí antes», pensó Alicia) y alrededor de su cuello había una etiqueta de papel con la palabra «BÉBEME» impresa en grandes y hermosos caracteres.

Decía «BÉBEME», sí, pero la pequeña Alicia era muy prudente y no pensaba beber aquello por las buenas. «No, primero voy a mirar –se dijo– para ver si lleva la indicación de veneno». Alicia había leído preciosos cuentos de niños que se habían quemado, o habían sido devorados por bestias



feroces, u otras cosas desagradables, solo por no haber querido recordar las sencillas normas que las personas que buscaban su bien les habían inculcado. Por ejemplo, que un hierro al rojo quema si no lo sueltas en seguida, o que si uno se corta profundamente en un dedo con un cuchillo suele salir sangre. Y Alicia no olvidaba nunca que, si se bebe mucho de una botella que lleva la palabra «veneno», tarde o temprano acabará por hacerte daño.

Sin embargo, aquella botella no llevaba la palabra «veneno», así que Alicia se atrevió a probar el contenido. Al encontrarlo delicioso (tenía, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla), se lo acabó en un santiamén.



—¡Qué sensación más extraña! —dijo Alicia—. Debo estar encogíendome como un telescopio.

Y, en efecto, así era. Ahora solo medía veinticinco centímetros, y su cara se iluminó de alegría al darse cuenta de que era el tamaño adecuado para pasar por la puertecita y meterse en el maravilloso jardín. No obstante, primero esperó unos minutos para ver si aún seguía disminuyendo de tamaño, y esa posibilidad la puso un poco nerviosa. «Espero no consumirme del todo, como una vela —se dijo para sus adentros—. ¿Qué sería de mí entonces?». E intentó imaginar qué ocurría cuando la llama de una vela estaba apagada, pues no recordaba haber visto nunca una cosa así.

Al cabo de un rato, al ver que no pasaba nada más, decidió salir de inmediato al jardín. Pero ¡pobre Alicia! Cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llavecita de oro, y cuando volvió a la mesa para recogerla descubrió que no llegaba a cogerla. Podía verla claramente a través del cristal e intentó, con todas sus fuerzas, trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Al final,

cansada de intentarlo, la pobre niña se sentó en el suelo y se echó a llorar.

–¡Vamos! ¡De nada sirve llorar así! –se dijo Alicia con firmeza–. ¡Te aconsejo que dejes de llorar!

Por lo general, Alicia solía darse muy buenos consejos (aunque rara vez los seguía) y a veces se reñía con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. Recordaba incluso que una vez había intentado tirarse de las orejas por haberse hecho trampas en un partido de croquet que jugaba contra ella misma, pues a esta curiosa criatura le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. «¡Pero ahora no me sirve de nada comportarme como si fuera dos personas! –pensó la pobre Alicia–. ¡Si ya se me hace bastante difícil ser una sola persona como Dios manda!».

Poco después, su mirada se posó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un pastelillo diminuto en el que se leía la palabra «CÓMEME», deliciosamente escrita con grosella. «Bueno, me lo comeré –se dijo Alicia–. Si me hace crecer podré coger la llave y, si me hace todavía más pequeña, podré deslizarme por debajo de la puerta. De un modo u otro entraré en el jardín, y eso es lo que importa».

Dio un mordisquito y, nerviosísima, se preguntó: «¿Qué pasará? ¿Creceré o encogeré?». Al mismo tiempo, se llevó una mano a la cabeza para notar en qué dirección comenzaba el cambio y se sorprendió al comprobar que seguía teniendo el mismo tamaño. En realidad, esto es lo que suele pasar cuando se da un mordisco a un pastel, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que le sucedía fuera extraordinario que le pareció muy aburrido y muy tonto que la vida discurriese por cauces normales.

Así pues, pasó a la acción y en un santiamén se comió el pastelito.



## El charco de lágrimas

—¡Curiorífico y curiorífico! —exclamó Alicia, tan sorprendida que por un momento se olvidó hasta de hablar correctamente—. ¡Ahora me estoy estirando como el telescopio más largo que haya existido jamás! ¡Adiós, pies! —gritó al mirarlos, pues vio que quedaban ya tan lejos que parecía a punto de perderlos de vista—. ¡Oh, mis pobrecitos pies! Me pregunto quién os pondrá ahora vuestros zapatos y vuestros calcetines. ¡Seguro que yo no podré hacerlo! Estaré demasiado lejos para ocuparme personalmente de vosotros: tendréis que arreglároslos como podáis.

«Pero más me vale ser amable con ellos —pensó Alicia—, no vaya a ser que no quieran llevarme adonde yo quiera ir. Veamos... les regalaré un par de zapatos nuevos todas las Navidades».

Y siguió planeando cómo iba a llevarlo a cabo. «Tendrán que ir por correo. ¡Qué gracioso será esto de mandar regalos a mis propios pies! ¡Y qué chocante será la dirección!

*Al Ilustrísimo Señor  
Don Pie Derecho de Alicia  
Alfombra de la Chimenea  
Cerca del Guardafuegos  
(Remite, con mucho afecto, Alicia)*



»¡Ay! ¡Pero qué tonterías estoy pensando!».

En ese preciso momento, su cabeza chocó con el techo de la sala. En efecto, ahora medía más de dos metros. Cogió rápidamente la llavecita de oro y corrió hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo único que podía hacer era tumbarse en el suelo y mirar el jardín con un solo ojo. Entrar en él era ahora más difícil que nunca. Se sentó y volvió a llorar.

–¡Debería darte vergüenza! –dijo Alicia–. ¡Una niña tan grande como tú (ahora sí que podía decirlo) no puede llorar de esa manera! ¡Para inmediatamente!

Pero siguió llorando como si nada, derramando tantas lágrimas que pronto se formó un auténtico charco a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad y que cubría la mitad del suelo de la sala.

Al poco rato oyó a lo lejos un leve ruido de pisadas y se secó rápidamente los ojos para ver quién se acercaba. Era el Conejo Blanco, que volvía espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Llegaba trotando a toda prisa, mientras murmuraba para sus adentros:

–¡Oh! ¡La Duquesa, la Duquesa! ¡Cómo se pondrá si la hago esperar!

Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir ayuda a cualquiera. Así que, cuando el Conejo estuvo cerca de ella, empezó a hablarle tímidamente y en voz baja:

–Por favor, señor...

El Conejo se llevó un susto tremendo, dejó caer los guantes de cabritilla y el abanico, y escapó a toda velocidad en la oscuridad.

Alicia recogió el abanico y los guantes, y, como en el vestíbulo hacía mucho calor, comenzó a abanicarse mientras pensaba: «¡Dios mío! ¡Qué cosas tan extrañas están pasando hoy! Ayer, en cambio, todo transcurría como de costumbre. Me pregunto si habré cambiado durante la noche. A ver..., ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Creo recordar



que me sentía un poco distinta. Pero si no soy la misma, la siguiente pregunta es... ¿quién soy entonces? ¡Ah, este es el gran enigma!». Y se puso a pensar en todas las niñas de su edad que conocía, para ver si acaso se había transformado en una de ellas.

—Estoy segura de que no soy Ada —dijo—, porque su pelo cae en grandes rizos y el mío no tiene ni uno solo. Y estoy segura de que tampoco puedo ser Mabel, porque yo sé muchísimas cosas, y ella... oh, ¡ella sabe poquísimas! Además, ella es ella y yo soy yo, y... ¡Dios mío, qué rompecabezas! Voy a ver si sé todas las cosas que antes sabía. A ver, cuatro por cinco son doce, cuatro por seis son trece, y cuatro por siete... ¡Dios mío! ¡Así no llegaré nunca a veinte! Bueno, de todos modos

las tablas de multiplicar no significan nada. Probemos con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y Roma... No, no, lo he dicho todo mal, estoy segura. ¡Me debo haber convertido en Mabel! Probaré, por ejemplo, con aquello de «la industriosa abeja...».

Cruzó las manos sobre el regazo y notó que la voz le salía ronca y extraña, y que las palabras no eran las que deberían haber sido:

*¡Ved cómo el industrioso cocodrilo  
aprovecha su lustrosa cola  
y derrama las aguas del Nilo  
sobre sus escamas doradas!*

*¡Con qué alegría muestra sus dientes,  
con qué cuidado dispone sus uñas  
y se dedica a invitar a los pececillos  
a entrar en sus sonrientes mandíbulas!*

—¡Estoy segura de que esas no son las palabras! —exclamó, y a la pobre Alicia se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas—. ¡Seguro que soy Mabel! Tendré que ir a vivir a aquella casa horrible, casi no tendré juguetes para jugar y tendré tantas lecciones que aprender... No, estoy completamente decidida: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí! De nada servirá que asomen la cabeza por el pozo y me digan: «¡Sal, cariño!»». Me limitaré a mirar hacia arriba y a decir: «A ver, ¿quién soy ahora? Decídmelo primero y después, si me gusta ser esa persona, volveré a subir. Si no, me quedaré aquí abajo hasta convertirme en alguien distinto...». Pero ¡Dios mío! —exclamó Alicia, hecha un mar de lágrimas—. ¡Cómo me gustaría que asomaran la cabeza por el pozo! Estoy tan cansada de estar sola aquí abajo...

Al decir esto, bajó la vista hacia sus manos y vio, con sorpresa, que mientras hablaba se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo. «¿Cómo me

han cabido? –se preguntó–. Tengo que haberme encogido otra vez». Se levantó y se acercó a la mesa para comprobar su tamaño. Descubrió que, tal como sospechaba, ahora no medía más de sesenta centímetros y seguía encogiéndose rápidamente. Se dio cuenta en seguida de que la causa de todo era el abanico que tenía en la mano y lo soltó a toda prisa, justo a tiempo para no desaparecer del todo.

–¡De buena me he librado! –dijo Alicia, bastante asustada por aquel cambio inesperado, pero muy contenta de verse sana y salva–. ¡Y ahora, al jardín!

Y echó a correr hacia la puertecita. Pero, ¡ay!, volvía a estar cerrada y la llave de oro seguía, como antes, sobre la mesa de cristal. «¡Las cosas están peor que nunca! –pensó la pobre Alicia–. ¡Nunca había sido tan pequeña como ahora, nunca! ¡Y declaro que la situación es imposible!».

Mientras pronunciaba estas palabras, le resbaló un pie y un segundo más tarde... ¡chup!, estaba hundida hasta el cuello en agua salada. Lo primero que se le ocurrió fue que, por alguna razón, se había caído en el mar. «Y en este caso podré volver a casa en tren», se dijo. Alicia solo había ido a la playa una vez en su vida y había llegado a la conclusión general de que, fuera uno adonde fuera, la costa inglesa siempre estaba llena de casetas de baño, niños jugando con palas en la



arena, después una hilera de casas y, detrás, una estación de ferrocarril. Sin embargo, pronto comprendió que estaba en el charco de lágrimas que había derramado cuando medía casi tres metros de estatura.

–¡Ojalá no hubiera llorado tanto! –dijo Alicia mientras nadaba de un lado a otro intentando encontrar la salida–. Supongo que ahora recibiré mi castigo y moriré ahogada en mis propias lágrimas. ¡Será de verdad algo muy extraño! Pero todo es tan extraño hoy...

En ese momento oyó que alguien chapoteaba en el charco, no muy lejos de ella, y nadó hacia allí para ver quién era. Al principio pensó que se trataba de una morsa o de un hipopótamo, pero luego recordó lo pequeña que era ahora y vio que solo era un ratón que había caído en el charco, igual que ella.

«¿Servirá de algo –se preguntó Alicia– dirigir la palabra a este ratón? Todo es tan extraordinario aquí abajo que no me sorprendería que hablara. De todos modos, no pierdo nada por intentarlo». Así pues, Alicia empezó a decirle:

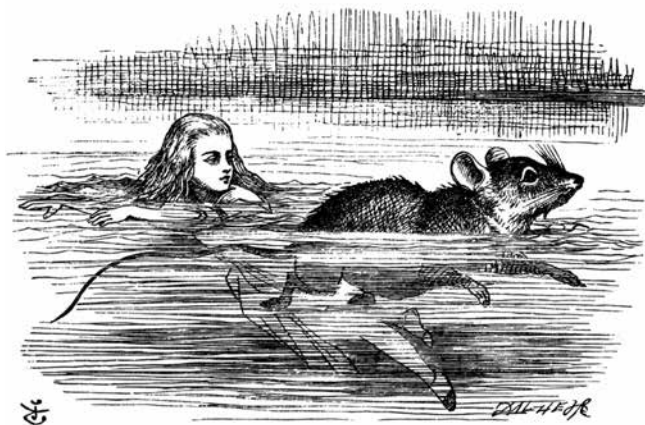
–Oh, Ratón, ¿sabe usted cómo salir de este charco? ¡Estoy cansada de nadar de un lado a otro, oh, Ratón!

Alicia pensó que esa debía ser la forma correcta de dirigirse a un ratón. Nunca había estado en una situación parecida, pero recordaba haber leído en la *Gramática latina* de su hermano. «El ratón - del ratón - al ratón - para el ratón - ¡oh, ratón!». El Ratón la miró con atención y a Alicia le pareció que le guiñaba uno de sus ojillos, pero no dijo nada.

«Quizá no sepa hablar inglés –pensó Alicia–. Puede que sea un ratón francés que llegó hasta aquí con Guillermo el Conquistador». A pesar de todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea muy clara de cuándo habían sucedido algunas cosas exactamente. Así que continuó:

–*Où est ma chatte?*

Era la primera frase de su libro de francés. El Ratón dio un salto inesperado fuera del agua y empezó a temblar de pies a cabeza.



–¡Oh, le ruego que me perdone! –gritó Alicia apresuradamente, temiendo haber herido los sentimientos del animal–. Olvidé que a usted no le gustan los gatos.

–¡No me gustan los gatos! –exclamó el Ratón con voz aguda y apasionada–. ¿Te gustarían a ti los gatos si estuvieras en mi lugar?

–Bueno, puede que no –dijo Alicia en tono conciliador–. No se enfade por eso. Sin embargo, me gustaría poder enseñarle a nuestra gata Dina. Bastaría que la viera para que empezaran a gustarle los gatos. Es tan bonita y tan suave –siguió Alicia, casi hablando para sí misma, mientras nadaba perezosa por el charco–, y ronronea tan dulcemente junto al fuego, lamiéndose las patitas y lavándose la cara... y es tan agradable cuando está en brazos... y tan hábil cazando ratones... ¡Oh, perdóneme, por favor! –gritó de nuevo Alicia, porque esta vez al Ratón se le habían puesto todos los pelos de punta y parecía realmente enfadado–. No hablaremos más de Dina si usted no quiere.

–¡«Hablaremos» dice! –chilló el Ratón, que estaba temblando de arriba abajo–. ¡Como si yo fuera a hablar de semejante tema! Nuestra familia ha odiado siempre a los gatos. ¡Son unos bichos asquerosos, despreciables, vulgares! ¡Que no vuelva a oír yo esa palabra!

—¡No la volveré a pronunciar! —dijo Alicia, y se apresuró a cambiar el tema de la conversación—: ¿Es usted... es usted amigo... de... de los perros?

El Ratón no dijo nada y Alicia siguió, atropelladamente:

—Hay cerca de casa un perrito muy mono que me gustaría que conociera. Un pequeño *terrier* de ojillos brillantes, con el pelo largo, rizado y castaño. Si le tiras un palo, va y lo trae, se pone a dos patas para pedir la comida, y muchas cosas más..., no me acuerdo ni de la mitad. Y es de un granjero, ¿sabe? Y el granjero dice que es un perro tan útil que no lo vendería ni por cien libras. Dice que mata todas las ratas y... ¡Dios mío! —exclamó Alicia, muy preocupada—. ¡Creo que lo he ofendido otra vez!

Y, en efecto, así era. El Ratón se alejaba nadando con todas sus fuerzas y provocaba una auténtica tempestad en la charca con su violento chapoteo. Alicia lo llamó con dulzura mientras nadaba tras él:

—¡Ratoncito querido! ¡Vuelve! ¡No hablaremos más de gatos ni de perros, sé que no te gustan!

Al oír esto, el Ratón dio media vuelta y nadó lentamente hacia ella. Tenía la cara pálida («de la emoción», pensó Alicia) y dijo con una vocecita temblorosa:

—Vamos a la orilla y allí te contaré mi historia. Entonces comprenderás por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya era hora de salir de allí, porque la charca se iba llenando cada vez más de pájaros y animales que habían caído en ella: había un pato y un dodo, un loro y un aguilucho, y otras curiosas criaturas. Alicia encabezó la marcha y todo el grupo nadó hacia la orilla.